



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Dar la vida... condición para seguir a Jesús

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 8, 27-35 (24º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 16 de septiembre de 2018)



El seguimiento de Jesús, como la vida misma, está lleno de matices y contrastes. Hay días luminosos en los que la luz del sol brilla y nos deja ver un camino sembrado de amor, servicio, misericordia, compasión, paz, acogida y un larguísimo etcétera. Y hay otros, por el contrario, en los que negros nubarrones anuncian tormenta y días aciagos. Tanto en los primeros

como en los segundos se descubre el talante de los auténticos seguidores de Jesús. En los días luminosos la fidelidad al Evangelio invita al reconocimiento humilde del acontecer de Dios en la vida y en la historia que permite que podamos ser un instrumento afinado en sus manos. En los días grises, la fidelidad al Evangelio invita a la perseverancia, la creatividad, la confianza en el Señor y al reconocimiento humilde de los errores que, en no pocas ocasiones, atrae la nubes negras.

Para quienes creemos, seguir a Jesús y ser sus amigos es lo mejor que nos puede pasar. Su amistad y su cercanía nos abre a horizontes de sentido y felicidad y nos ayuda a entender que la plenitud de la vida se alcanza cuando salimos de nosotros mismos y nos damos a los demás sin límite. No obstante, la felicidad que origina la amistad con el Señor, no está exenta de momentos de dolor, de sacrificio y de cruz.

La identidad de Jesús. Ante la tentación de un seguimiento edulcorado o “light”, que elude las dificultades y evade el dolor, Jesús manifiesta a sus discípulos con nitidez las implicaciones de ser un discípulo con radicalidad y fidelidad al Evangelio: “El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga”. El mesianismo de Jesús, que es posible que sus contemporáneos no tuviesen claro, no pasa por el poder político, económico, religioso o militar. Su forma de hacerse cargo de la realidad y transformarla en historia de Salvación pasa por el abajamiento, por hacerse solidario con el pueblo que sufre y cargarse sobre sus hombros el dolor y la vida de las víctimas.

Reconocer a Jesús como Mesías implica asumir su modo de proceder: “El Hijo del hombre tiene que padecer mucho... ser ejecutado y resucitar a los tres días”:

La vida plena es sembrada en el corazón de la entrega por amor a los demás. No se puede ser causa de vida, felicidad y plenitud cuando buscamos mezquinamente nuestros propios intereses y dejamos pasar con indiferencia a nuestro lado los rostros de los que sufren.

Es difícil ser artesano de la vida cuando, por temor, nos encerramos en nuestros lugares de confort convirtiéndonos, por nuestro silencio y nuestra inacción, en cómplices del atropello y de la negación de la vida de nuestros hermanos más débiles.

Es poco probable ser artífices de un nuevo orden social y religioso cuando, en aras de mantener nuestro buen nombre y nuestro prestigio, no nos atrevemos a levantar nuestra voz para disentir y denunciar a quienes pretenden construir un mundo sin humanidad y sin ética o para anunciar, con vehemencia y ternura a la vez, la sabiduría del Evangelio que exalta el valor pleno de lo humano y lanza la utopía al infinito.

La vida surge de la semilla de una vida entregada. La vida surge cuando, como Jesús, somos capaces de dar la vida por los amigos, por los demás. ¡Cómo no recordar al Obispo Helder Cámara cuando decía con voz potente: “Por la vida... hasta la vida misma”!.

¡Tú piensas como los hombres, no como Dios! El bueno de Pedro no acababa de decir la última frase de su confesión de fe cuando el Señor le reprende con estas duras palabras. La causa del enfado de Jesús es que Pedro pretendía que el mesianismo de Jesús huyera del dolor y de la entrega.

Yo no creo que Jesús quiera que suframos por sufrir. Eso sería masoquismo. Lo que veo claro es que cuando somos fieles y coherentes con el Evangelio estamos expuestos a la incomprensión, la crítica, los señalamientos, los juicios e incluso a la muerte. Así le pasó a Romero, así le pasó a Arrupe, así le puede estar pasando a Francisco y a un incontable número de anónimos a quienes la fidelidad al Evangelio les está llevando a cargar con la cruz para sembrar, desde ese madero del amor, la vida que no se acaba.

El silencio cobarde, la inacción por temor a la crítica, la búsqueda enfermiza de confort, el querer pasar por la vida de puntilla para no untarse con el barro de la historia y el no querer ver lo que acontece a nuestro alrededor podría hacernos acreedores de la palabra recia de Jesús: “¡Quítate de mi vista, satanás, ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!”.

Pidamos al Señor de la vida entregada por amor que seamos capaces de entregar la nuestra como semilla de eternidad y de Reino.